

Marcas

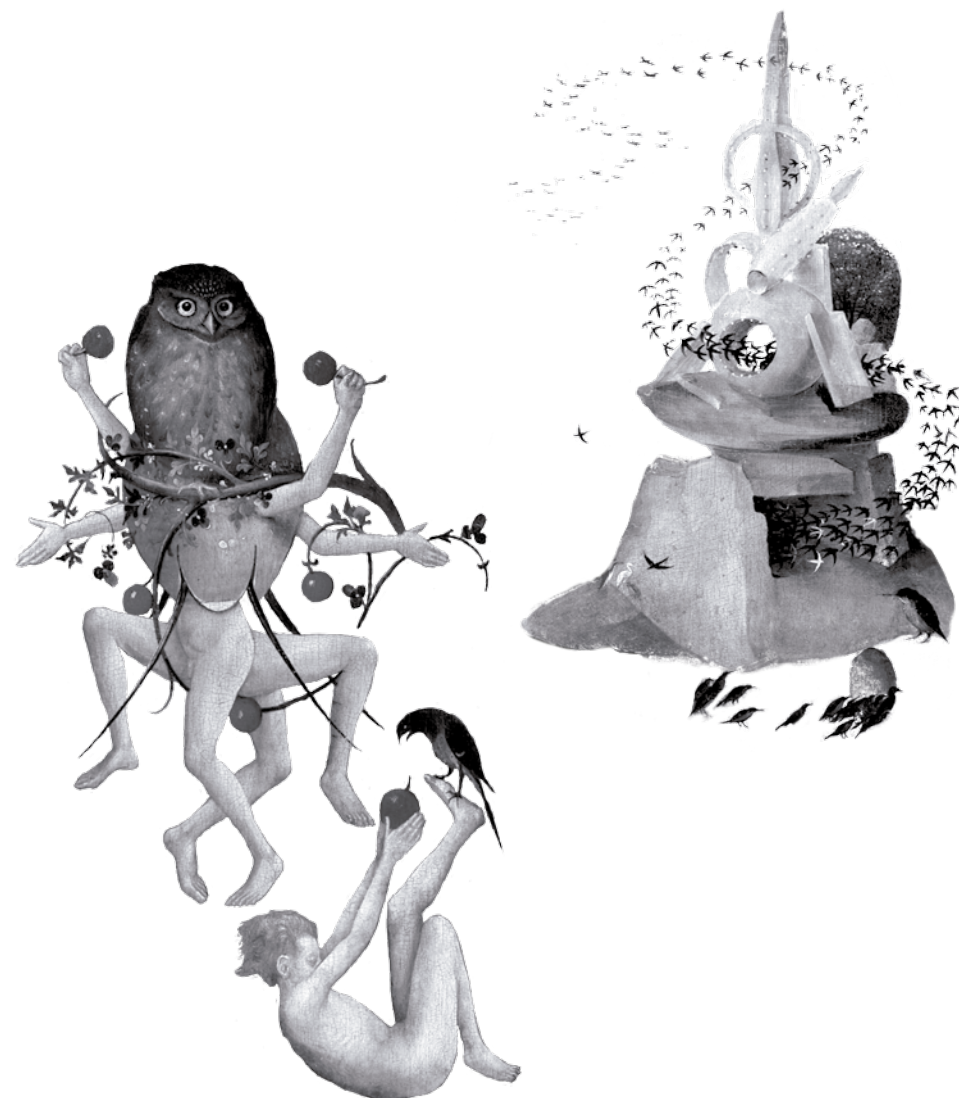
El tema de la revista que el lector ahora tiene entre manos surgió en una situación especial. Fue un momento único en el que todos los editores y casi todos los colaboradores de *Calibán, RLP* se encontraron cara a cara en el Congreso de Cartagena, en setiembre de 2016. Este encuentro se dio por iniciativa de cada uno de los presentes que, motivados por sus propios deseos, intentaban conocerse personalmente. Luego de años de contacto por *e-mail* y raros encuentros por *Skype*, estaban todos allí presentes, podríamos decir con vehemencia, en “cuerpo y alma”, el mismo “cuerpo y alma” con el que hacían *Calibán*.

La necesidad de dar voz y rostro a un colega, a una persona con quien nos relacionábamos por *e-mail* desde hacía ya algunos años, se plasmaba en la alegría y la sorpresa de los encuentros. El rostro es lo que nos da una identidad, una historia que se inscribe en la expresión de la mirada, en la marca de la sonrisa. Fueron momentos de júbilo, podríamos decir, usando la idea lacaniana del estadio del espejo. Fue como si un equipo fragmentado, un cuerpo editorial desmembrado en varios países de repente se percibiera como un cuerpo integrado, compuesto por partes que se unen y de esta forma cobran una identidad.

Y en este encuentro bendito en el cual nos reconocimos como grupo y como individuos, el tema que escogimos trabajar fue el del Mal.

Quizás porque aún encantados con este encuentro no lográbamos escapar de los difíciles momentos que siempre vivimos en nuestra precaria civilización, en la cual el poder destructivo del hombre en relación con la naturaleza y sus semejantes expone “nuestra vida pulsional en su desnudez, [que] desencadenó en nuestro interior los malos espíritus que creíamos sojuzgados duraderamente por la educación que durante siglos nos impartieron los más nobles de nosotros”, como escribía Freud hace 100 años, en 1916, en el poético texto “La transitoriedad” (1975/1916 p. 311)¹.

Calibán, personaje de Shakespeare en *La tempestad*, era el nativo de la isla que no lograba aprender el idioma del colonizador, no se sometía al poder civiliza-



torio del Otro. De este nativo tenemos en América Latina un largo linaje, y es a partir de él, del que no aprendió la lengua del colonizador, que me dejó envolver por el tema del Mal.

Los artistas sacan a la luz sentimientos que nos permiten andar por nuevos senderos, y fue en uno de ellos, en el Instituto Inhotim, donde tomé contacto con *Marcados para vivir, marcados para morir*, obra de la fotógrafa Claudia Andujar, que para la casi totalidad de sus trabajos eligió como personajes a los indígenas yanomani, una tribu que no nombra a sus miembros. La serie *Marcados* (2009) surge en los 70, a partir de una expedición de la fotógrafa junto con dos médicos para vacunar y tratar a estos indígenas que habían resultado fuertemente marcados por la muerte en su contacto con los blancos, contagiados por varias enfermedades. Andujar debía fotografiar a los indígenas vacunados, lo cual procedió a hacer, identificándolos con un número que fue colocado en su pecho. Al dar a las fotos un tratamiento diferente al que usualmente se les da en los documentos de identi-

1. N. del T.: Freud, S. (1975). La transitoriedad. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14, p. 311). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1916).

dad, las transformó en retratos. Los yanomani adquirieron una cara expresiva: un rostro. El aspecto ambiguo de estas marcas logró transformar lo que sería tan solo un número en un individuo. El trabajo fue una forma de cuestionar el método de rotular seres para fines diversos, sin darles identidad; transformar lo que habría sido un simple registro en “gente marcada para vivir”. Por otra parte, la marca puesta en el pecho “refiere a un terreno sensible, ambiguo, que puede suscitar constreñimiento y dolor” (Andujar, 2009, p. 5), el dolor que Claudia Andujar vivió al ver marcados con una estrella de David en el pecho a su padre, a su familia paterna y a Gyuri, su primer amor; marcados después también por el número tatuado en el brazo en los campos de concentración, campos en los que finalmente murieron. En el campo los “identificaba” un número porque una vez llegados allí se volvieron seres sin nombre, sin cara. De este modo, la marca que en su juventud vio destinada a señalar la muerte era puesta ahora en escena por la artista para salvar la vida de los yanomani.

En la clínica, en el diván, los retratos también se vuelven singulares, se crean en las palabras de analizando y en la escucha del analista, en el encuentro de dos historias y en sus necesarios desencuentros y diferencias.

De este modo, ancla en esta dualidad lo ambiguo de lo humano, un terreno pantanoso en el que lo humano e inhumano se tocan en un roce tenue, tal como escribe uno de los autores de la sección **Argumentos**, “dualidad indisoluble, [...] dos caras de lo mismo que comparten un borde a la manera de la cinta de Moebius, de un doblez de lo Uno que está en cada uno” (Campalans).

Que en nombre del Bien se practica mucho Mal es una frase hecha que, sin embargo, se tiñe de fuertes colores cuando es dicha en primera persona, tal como lo hace Marcelo Viñar a partir de su propia vivencia, aproximándonos a los sentimientos que pueblan el alma del hombre en el exilio de su patria. Cómo superar la “experiencia de ser destituido o expulsado de la condición de ser humano”, situación que “provoca un colapso identitario catastrófico [...] proveniente de la acción “racional” e intencional, planeada y organizada por otros hombres”.

De estos otros hombres, como nos muestra Patrick Merot, forma parte Céline quien, por medio de la palabra, tradujo con contundencia su odio al otro. Merot rompe lo que llama el insoportable silencio sobre los textos antisemitas de Céline e intenta seguir el movimiento pulsional que llevaría a Céline, de forma “genial y particular en sus grandes novelas [...] a solo saber hablar sobre esa naturaleza humana rencorosa. Fue con ella que inventó un estilo, pues este también es un tratamiento de la lengua lleno de odio, y sin duda lleno de amor por el odio: la lengua atacada, transformada, fragmentada, destruida y reinventada”.

También sobre el uso de la palabra y el poder que porta, Laura Palacios nos lleva de la mano por un largo paseo que explicita el mal que se destila de algo aparentemente banal de nuestra cotidianeidad: el chisme. “Y el goce del chisme es corroer la dignidad del secreto. Hablar a sus espaldas, deshonrarlo [...]. Y, sobre todas las cosas, divulgar, divulgar y divulgar... Propalar el tesoro”.

¿Y qué sería el “tesoro”? Tal vez pudiéramos pensar que el tesoro es la privacidad, lo velado e íntimo que nos constituye como individuos, que nos brinda, como decíamos anteriormente, un rostro, una existencia.

Lo humano no existe únicamente cuando hay vida, sino también en la muerte, en lo simbólico de las sepulturas. Es de la falta de esta situación fundamental en la preservación de lo humano que escribe Wintebert, acercando uno de los símbolos de la resistencia a las dictaduras sangrientas que vivimos en América Latina –las Madres de Plaza de Mayo– a *Antígona*, de Sófocles, que deseaba, necesitaba dar sepultura a sus muertos para de ese modo humanizarlos y humanizarse.

Algo semejante trata Magda Khouri al tomar el trabajo de Berta Reale, artista visual y perito criminal que vive en Pará y trabaja con otro tipo de desaparecidos, aquellos de los que no se exigen los cuerpos, excluidos desde siempre de la comunidad en la cual, si es que se puede decir así, nacieron, vivieron y murieron.

Calibán se hace de textos, de tejidos diversos. Escrituras que dan cuenta de voces con diferentes sonoridades. Seguimos estos sonidos en **Vórtice**, sección en la cual, en la diversidad de cada mirada, los psicoanalistas proponen muchas formas de pensar las cuestiones con las que nos enfrentamos en cada momento en nuestro trabajo. Jorge Kantor, que asume ahora un espacio como editor de esta sección, nos lleva a Thanatos en la sesión de análisis. En textos que abordan las múltiples facetas, tanto del analista como del analizando, habitadas por los mutantes aspectos de la pulsión de vida/pulsión de muerte, los autores señalan las sutilezas y filtraciones que se adentran en el terreno de las sesiones de forma a veces poco perceptible, pero que pueden conducir al análisis por caminos indeseados.

Transitamos también por espacios deseados y arribamos, acompañando a Juan Dittborn Santa Cruz, psicoanalista de Santiago de Chile, a esta ciudad enclavada en la cordillera de los Andes. Junto con la belleza de sus paisajes e inspirados poetas, el autor del texto nos lleva a visitar su historia, envuelta también por momentos en tristes maldades.

Seguimos aún guiados por artistas, filósofos, estudiosos de otros saberes que nos enseñan y que nos permiten, a partir de sus textos, observar desde otras perspectivas esto de lo humano, demasiado humano, que Regina Reiss y Gabriela Levy, editoras de la sección *Dossier*, nos abren.

El **Dossier** de este número nos habla del diablo que no existe, pero que vive en el centro de cada uno de nosotros, tema que la literatura explora y que, de manera poética, nos hace ver y sentir el texto de José G. Ghirardi. El Bien y el Mal habitan los mismos cuerpos y espacios, tal como señala el antropólogo francés Galinier, estudiando la cultura de los otomíes en la cual, a pesar de los intentos por marcar con nitidez los límites y la separación, las intrincaciones inevitables Bien/Mal insisten en hacerse visibles.

Visible y audible aparece el Mal en el texto del joven André Goldfeder, quien trata acerca de la voz del muerto en la obra del artista paulista Nuno Ramos. En un triste y vergonzoso episodio ocurrido en una cárcel de San Pablo, 111 detenidos, arrinconados, fueron abatidos por la policía militar. Sin nombre, sin derechos, sin voz. Voz que les es restituida por el artista plástico y que hace eco en el texto de Diana Sperling, quien, tomando de Walter Benjamin la idea de historia, escribe que nada se apaga en la historia y que hasta el más insignificante ser es parte del “tejido temporal y humano”. En este tejido sin jerarquías “la historia se escribe más con restos que con monumentos”.

En **Textual**, Mariano Horenstein, editor de la sección, entrevista también a un joven artista plástico. Este artista argentino, de Rosario, siendo muy joven aún ya alcanzó puntos altos con su arte –incluso literalmente–, puesto que expuso en el techo del Metropolitan Museum de Nueva York la obra que ilustra con conmovedora figura la tapa de este número de *Calibán*. Adrián Villar Rojas es un artista siempre en movimiento, en busca de la diversidad y singularidades de cada lugar que visita, en humano compromiso con las personas que “viven, trabajan, piensan y sienten en ese espacio al que me lleva la errancia”. Trabaja con restos, escombros, materiales descartados, frágiles y quebradizos, como la arcilla y el yeso.

Trabajamos también en análisis con materia semejante, aunque con otra textura: la palabra. En restos, escombros de memorias y de vidas, construidas



y fragmentadas en cada momento para ser nuevamente reescritas con nuevos detalles y pequeños matices. ¡Y siempre queda algo más por decir! ¡Deseo!

Deseo que, expresado en las artes, nos seduce. Mariano Horenstein, con mirada aguda, elige a los artistas que ilustran esta revista. De este modo, en su lenguaje estético, *Calibán* es también un objeto de deseo. Deseo que irrumpe desde la tapa interior de la revista, en la que *El jardín de las delicias*, de Hieronymus Bosch, divide en tres tiempos el espacio de lo humano. Paraíso en los comienzos, Infierno como final. Entre los dos momentos, la vida, los placeres. ¿El exceso? Para los griegos, *hybris*, el Mal. ¿Cuál es la justa medida? ¿Cómo separar el placer del dolor?

Entre la vida y la muerte, entre lo nuevo y lo más antiguo se atraviesa una tenue cuerda, y la interpenetración se hace en un eterno juego, juego este que acontece a partir de este número en *Calibán*. Aunque pueda haber una continuidad con el trabajo que venimos haciendo desde hace ya seis años como equipo para construir esta revista, tuvieron lugar algunas modificaciones.

Al asumir ahora la función de coordinar este grupo de colegas y colaboradores, busco en el equipo editorial apoyo para que juntas podamos mantener el ritmo y el entusiasmo de hacer *Calibán*. Cecilia Rodríguez de Guadalajara, ya perteneciente al grupo y ahora editora junto con Andrea Escobar de Bogotá, así como Carolina García de Montevideo y Laura Katz de Buenos Aires, que pasaron a integrar el equipo junto con Lucía Palazzo, de Río de Janeiro; todas entretejemos esta trama que es *Calibán*.

En su despedida como editor en jefe, Mariano Horenstein se refirió a una carrera de relevos, en la cual el pasaje de postas al siguiente corredor se daba con confianza y sin perder el ritmo. Tocadas por esta confianza, seguimos. Muchas cosas se interponen en el camino, males que llegan para bien y bienes que se muestran ilusorios, pero la capacidad humana para lo simbólico nos anima. En la antigüedad, en las carreras

de relevos, lo que se pasaba de un corredor a otro era una antorcha encendida que el nuevo portador debía mantener con la misma llama con la que la había recibido de su antecesor. ¿Qué llama será esa que nos anime en la continuidad?

¿Qué llama es esa que anima lo humano para ir hacia adelante incluso, como se ha dicho, después de Auschwitz? Escribir un poema después de Auschwitz es bárbaro. Pero los poemas siguen siendo escritos.

No buscamos una respuesta, sino algo que ilumine una reflexión. ¿Será, tal como Freud escribió en su carta a Einstein en *¿Por qué la guerra?* (1932/1975), que hay algo orgánico que nos hace desear y construir una y otra vez la paz, aunque no lo sepamos? Dice incluso Freud “todo cuanto establezca ligazones de sentimiento entre los hombres no podrá menos que ejercer un efecto contrario a la guerra” (p. 195)². ¿Será eso así?

Tal como me conmoví con Claudia Andujar, que perdió parte de su familia y de su adolescencia en medio de la guerra, pero que fue capaz de transformar un instrumento que fuera mortífero en herramienta para la vida, también me sorprendí y me conmoví con una visita al Museo del Holocausto, en Lyon. Descubrí allí, expuestas en medio de varios objetos rescatados de los escombros de los campos de concentración, unas cartas de baraja hechas en papel rústico, en las cuales fueron cuidadosamente diseñados los números y los símbolos. Me descubro entonces pensando qué uso haría su “dueño” de estas cartas. ¿En qué momento, en las noches tenebrosas de los barracones saturados de personas tan próximas a la muerte, un hombre o una mujer jugaría con estas cartas. ¿Y qué juego? ¿Jugaría un solitario, silenciosa y aisladamente? ¿O quizás invitaría a un compañero a jugar? Pasarían ambos el tiempo de una noche insomne, puesto que todavía había vida y eran dos.

Entregamos al lector nuestro 11º número de *Calibán*, RLP. Esperamos que lo lea y así podamos continuar el juego.

Raya Angel Zonana
Editora en jefe - *Calibán* - RLP

Referencias

Andujar, C. (2009). *Marcados*. San Pablo: Cosac Naify.

Freud, S. (2010a). A Transitoriedade. En S. Freud, *Obras completas* (vol. 12, pp. 247-252). San Pablo: Companhia das Letras. (Trabajo original publicado en 1916).

Freud, S. (2010b). Por que a guerra? En S. Freud, *Obras completas* (vol. 18, pp. 417-435). San Pablo: Companhia das Letras. (Trabajo original publicado en 1932).

2. N. del T.: Freud, S. (1975). *¿Por qué la guerra?* En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 22, p. 195). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1932).

